

poco larga en su exceso bufonesco y en la cámara lenta de su humor negro. Le faltó un mayor control autocritico de su torrencial materia.

En todo caso, y a pesar de lo esperpéntico, frente a la módica imaginación y a la prosa arrastrada de buena parte de nuestros relatos, esta novela de Jodorowsky llega como un viento fresco y como un espacio abierto, como una pulsación vital que no deja de ser un acontecimiento en nuestra narrativa dominada por los tonos grises.

IGNACIO VALENTE

## LA EXTRAÑA FIGURA ANTROPOLOGICA DEL HOMBRE DE HOY

De *Armando Roa*.

Editorial Universitaria, Santiago, 180 págs.

<https://doi.org/10.29393/At462-18EFJ110018>

El Dr. Armando Roa, psiquiatra abierto a las humanidades todas y lúcido pensador del presente histórico en sus múltiples ensayos, publica ahora uno nuevo, cuyo título parece a primera vista excesivo, como si el hombre pudiera llegar a ser extraño en su propia constitución antropológica, en su ser más profundo. Pero si es verdad la tesis sustentada en el libro —que sólo hoy estamos por primera vez en crisis—, el aparente exceso del título se vuelve justificado, y no como una mera manera publicitaria de llamar la atención del lector, sino como el título propio de tan extrema cuestión.

El ensayo se abre con una indagación histórico-filosófica sobre el concepto de “crisis”, tan manoseado que se lo suele aplicar hoy en distintos dominios de la vida con sorprendente soltura y arbitrariedad. Con vistas a un mayor rigor conceptual, Armando Roa revisa a vuelo de pájaro —con el poder intelectual de las grandes síntesis— tanto el fluir de los clásicos períodos históricos de la humanidad, como las más significativas concepciones que sobre la historia misma se han forjado en los tiempos modernos. La conclusión de este doble examen resulta bastante paradójica: hasta un pasado relativamente reciente, la humanidad no habría sufrido verdaderas crisis globales en el sentido riguroso del término. La nuestra, pues, goza del ambiguo privilegio de ser la primera. Debe reconocerse, por llamativa que parezca esta concepción, la alta verosimilitud que ella alcanza en el escrutinio histórico que encabeza estas páginas.

Sólo una mención echo de menos en este panorama de indudable solvencia conceptual: la magna crisis que padecen las humanidades —la filosofía, la literatura y las artes, la religión, el sentido mismo de la vida— en todo este último medio siglo, precisamente el que ha protagonizado las más espléndidas etapas de la revolución científica y tecnológica actual. Habría deseado mayores precisiones sobre el deterioro humano y cultural de los últimos cincuenta años, si bien más adelante se dice algo al respecto. Pero entiendo que el autor no pretende entrar en análisis pormenorizados, y para el propio diseño que ha querido dar a su ensayo, le servía más el curso que efectivamente siguió: situar la “crisis” contemporánea directamente en el día de hoy, y plantearla sobre todo a partir de la encrucijada científico-tecnológica del presente, bajo la forma de una tremenda disyuntiva: nunca como ahora se había estado tan cerca del dominio de la naturaleza, con todas sus consecuencias positivas sobre la felicidad humana, y nunca esa posibilidad había resultado tan aterradora para el destino humano en términos de ese mismo dominio: del horror atómico, del horror genético, del horror político...

Este planteamiento deriva, de modo muy directo, en el problema de la ética de las ciencias en general, y de la medicina en particular, asunto al que el Dr. Roa viene dedicando una

atención lúcida y persistente en los últimos años. Llegado a este punto, el autor postula el reemplazo de una ética de los valores, ligada al siglo XIX y presa hoy en el subjetivismo, por una ética de principios, ligada a los fundamentos aristotélicos del saber moral. Me gustaría un desarrollo más explícito de este punto crucial, pues la polémica actual entre deontología, eudemonismo y axiología ha llevado a sofisticar tanto los términos de la cuestión, que serían de desear mayores matices. Por supuesto, entiendo bien la dirección filosófica del pensamiento moral del autor, y la comparto plenamente. En nombre de la ética de principios, formula él una serie de normas de validez inexorable sobre asuntos tan candentes como la experimentación con embriones, la fecundación *in vitro* y la modificación del patrimonio hereditario de la especie humana. Mi alcance es puramente terminológico.

El autor denuncia el intento de desmontar al hombre en piezas y reconstruirlo, a la manera de los cuadros de Picasso, lo que atestigua una pérdida fundamental del sentido de la existencia y su intento de reencontrarlo en la temporalidad. Este proceso se ilustra con brillo en someras, pero exactas referencias a la narrativa de Proust, Joyce y Kafka, a la poesía de Eliot y a la filosofía de dos grandes del siglo: Bergson y Heidegger. Este desarrollo, previa mención al proceso actual de liberación sexual bajo el signo de Freud, franquea el camino a la cuestión final, sobre nuestro modo de sentir el cuerpo.

Una vez reconocidos los derechos antropológicos de la corporeidad humana, el Dr. Roa somete a severa crítica cierto sentido actual de la corporeidad, que hace de ésta el modo supremo de identificarse y adquirir valía la persona humana: el culto al cuerpo joven, la cultura de la corporeidad esplendorosa, con su triste secuela de consecuencias, entre las cuales el autor destaca, con su ojo clínico, un hecho singular: que las enfermedades clínicas se presenten hoy con síntomas no psíquicos sino corporales, como la úlcera gástrica o el colon irritable. Hasta el lenguaje de la enfermedad opta hoy por lo corporal, como ocurre en otro orden con la fabricación de deportistas como cuestión de orgullo nacional de los países.

Se oculta así lo fugitivo de una realidad que acaba con la muerte; la muerte misma se echa al olvido con una indudable dosis de mala conciencia. El culto por el cuerpo se traduce asimismo en el culto por la tecnología. El ensayo concluye con una perspicaz coda en torno a la sexualidad —al culto del orgasmo— y al ambiguo esplendor presente de la bioética, que no siempre es una ética del bien (y del mal) sino a menudo una disciplina de la mera calidad de vida, a las puertas del hedonismo.

Tan rico en sugerencias es este breve y denso ensayo, que mi único reparo se refiere precisamente a la mera mención de temas y subtemas que deseáramos ver desarrollados con más latitud por la inteligencia del autor. Pero me parece respetable su designio, que no ha pretendido sino una sintética visión a vuelo de pájaro sobre la crisis moral del hombre contemporáneo, y la ha conseguido con seguro acierto, solvencia filosófica y clínica, y amplio fundamento cultural.

J. MIGUEL IBAÑEZ LANGLOIS